

Y se fue Fidel...Siete miradas en torno a su partida



Ediciones

 **Cuba**
libertaria

GRUPO DE ESTUDIOS
SOCIALES, CULTURALES
Y ECONÓMICOS "INDEPENDIENTES"

Edición especial 2016.

Paris Francia.

Con el ministro de Franco, Manuel Fraga



Con el rey de España

**Con Luis Echeverría, ex - presidente
crapuloso de México**



Contenido

Presentación.	- 4
Westrworld y Cuba: Final de temporada un error en el Sistema.	- 5
Una caja de cenizas, el Estado y la próxima revolución en Cuba.	- 7
Murió Fidel, pero el fidelismo sigue vivo.	- 13
Fidel Castro (1926-2016).	- 16
Cuba: más de medio siglo de Alta Fidel-idad.	- 22
Hay que asesinar al Fidel que llevamos dentro.	- 25
¿Qué Cuba sin Fidel?	- 29



Presentación

Tras la lectura de una serie de textos alternativos escritos en torno a la muerte de Fidel Castro Rus y considerando que ese acontecimiento ha puesto en descarada evidencia el carácter totalitario del régimen confiscador de la Revolución que el pueblo cubano pensó poder iniciar tras la caída de la dictadura del general Batista, el Grupo de Apoyo a los Libertarios y Sindicalistas Independientes en Cuba (GALSIC), ha decidido editar un folleto especial continuando con la labor editorial de **CUBA Libertaria Ediciones** con la intención de agrupar y difundir estos textos. No sólo para dejar constancia una vez más de la posición de los libertarios frente a la confiscación de la lucha revolucionaria del pueblo cubano por las élites dirigentes y la burguesía castrista sino también para seguir defendiendo el derecho de ese pueblo a un futuro de libertad y justicia social.

Fidel se fue... pero queda la casta confiscadora de la revolución aplicando el plan económico diseñado para conservar su monopolio del poder a través del capitalismo de Estado y de la progresiva restauración del capitalismo de mercado en Cuba. Esta es una razón más para que los libertarios denunciemos tal regresión y defendamos el verdadero socialismo con libertad para el pueblo cubano, como para todos los pueblos del mundo.



Cuba

libertaria

GALSIC

**Grupos de apoyo
a los libertarios
y sindicalistas independientes**

Tribuna latinoamericana.

145 rue Amelot, 75011 Paris-Francia

cesamepop@orange.fr

Westworld y Cuba:

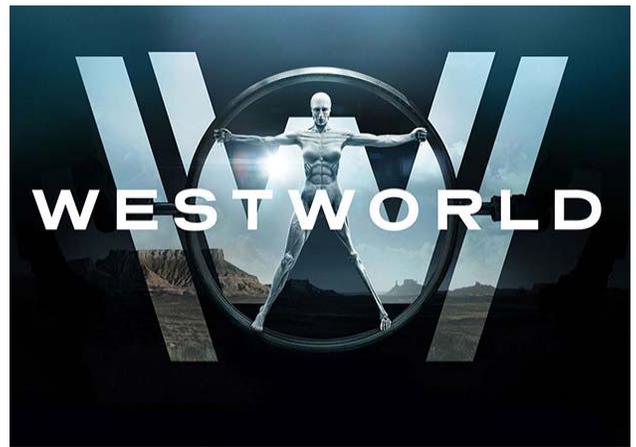
Alexis Romay

Final de temporada

Un error en el sistema

Imagina un parque temático en el que los visitantes disfruten privilegios que no están al alcance de los lugareños. Estos forasteros pueden actuar con un nivel de impunidad inimaginable para los nativos. Y una vez que han vivido sus fantasías, tienen la libertad de regresar a casa, en donde pueden continuar sus vidas perfectamente normales. A lo mejor estás pensando en *Westworld*. Pero yo me refería a Cuba.

Es difícil distinguir entre la nueva serie estelar de HBO y mi tierra natal. En ambos parques temáticos hay educación y salud pública gratuita. Y con eso quiero decir que en cada lugar los robots son programados: todos sus pensamientos les llegan a través de unos algoritmos meticulosamente calculados; en ninguno de los dos sitios las mentes esclavas pueden pensar fuera del guión oficial. En ambos lugares la memoria de los súbditos es borrada al final de cada episodio (para que puedan repetirse). En cada sitio los gerentes del parque temático se ocupan del bienestar físico de su gente. Bueno, seamos un poco más precisos: en *Westworld* los residentes son reparados *porque* los turistas ejecutan con ellos sus más salvajes aberraciones; en la isla caribeña el decrepito sistema de salud pública sólo funciona frente a las cámaras de televisión extranjera como una herramienta de propaganda, y es usado como una excusa oficial para justificar cualquier cosa, desde la represión ubicua hasta la abundante escasez. Otro paralelo: en ambos lugares los rebeldes



que se atreven a cuestionar la realidad son discontinuados y confinados a quedar fuera del juego.

En ninguno de los contextos los visitantes aceptarían vivir *un solo día* bajo las reglas y condiciones que el parque temático ha establecido *en perpetuidad* para sus nativos. Al margen de eso, la más importante (quizá la *única*) diferencia entre *Westworld* y Cuba es que mientras los turistas que visitan la primera están conscientes de que la vida que viven solamente es posible a expensas de los anfitriones, y entienden la artificialidad del entorno y cómo todo está orquestado para que su experiencia sea emocionante sin llegar a ser peligrosa, quienes visitan la segunda —las legiones que a lo largo de los años me han dicho que quieren “ir a Cuba antes de que se muera Fidel Castro”— se creen la narrativa oficial de tal manera que se sienten con el derecho de hablarles a los cimarrones cubanos sobre los beneficios de vivir bajo la gerencia del parque temático.

¿Es acaso lógico sorprenderse de que los cubanos expresen su dicha ante la muerte del Programador en Jefe? El hombre que acaba de morir decidió qué podíamos comer, pensar, hacer, oír y decir durante sus 47 años en el poder. El hombre que acaba de morir no sólo decidió qué constituía ser cubano, sino también qué constituía ser humano. Tildó a sus opositores de “gusanos”, les quitó la humanidad a los librepensadores, pues siempre es más fácil aplastar a un gusano que

a un humano. Quizá esto explique que mi primera reacción a la muerte de Fidel Castro fuera recordar a sus víctimas.

Nada ha cambiado con su muerte. Y aun así, celebro que el hombre que ha dejado a su paso un país en ruina económica y moral, y que es la causa de la división en la familia cubana (mi familia incluida) no esté entre nosotros. Lo celebro. Pero tal vez no debería hacerlo. Fidel Castro murió sin responder por toda la gente que murió *por él* y *porque él* lo decidió; hizo mutis por el foro dejando atrás un país en el que sus ciudadanos están dispuestos a enfrentarse a 90 millas de incertidumbre y tiburones en lugar de la certeza de tener que vivir bajo su régimen represivo.

A la larga, hemos perdido. Con el plural mayestático de la oración anterior me refiero a los cubanos. Estamos solos. Varios jefes de Estado y una considerable porción de los medios de prensa siguen colgándole a Fidel Castro el título de “presidente” y encuentran moralmente aceptable debatir su “legado”. ¿Dónde quedan los juicios amañados, los fusilamientos, las ejecuciones extrajudiciales, las miles de vidas perdidas en el mar mientras trataban de huir de la isla? ¿Por qué esos muertos no cuentan?

Las únicas victorias posibles a esta hora son pequeñas, íntimas, individuales: algo tan sencillo como escoger la comida que como, vivir sin miedo, leer un libro prohibido... Ver y entender el código Castro y haberme desprogramado de su doctrina es mi mayor logro. (Tendré que actualizar mi perfil de LinkedIn).

Es posible que te hayas preguntado si Fidel Castro fue un dictador tan horrible cómo se explican las multitudes en la isla que han expresado pesar ante su muerte. Tienes razón en cuestionar eso. También es posible que hayas visto el video en el que una mujer afrocubana —una ciudadana doblemente privada de derechos, una víctima de la

misoginia racista en la isla— llora a mares frente a las cámaras. Mientras lamenta la muerte de Fidel Castro, grita: “Tenía que haber sido yo, no él”. Estoy de acuerdo. Tenía que haber sido ella. Su vida debió haber sido *su* vida. La protagonista de su vida debió haber sido *ella* misma. Esa mujer y yo estamos a lados opuestos del drama cubano, pero su dolor me conmueve. Esa mujer, también, es una víctima de Fidel Castro. Esa mujer —bien que en un arranque de pasión— ha ofrecido su vida por la vida de un hombre de noventa años que tuvo el poder de controlar su vida *durante toda su vida*. La vida de ella.

Haz una pausa y piensa en el nivel (interiorizado) de opresión a la que ha estado expuesta durante las más de cinco décadas y media en que los hermanos Castro han detentado el poder. Esa mujer es mucho más que un chiste en las redes sociales. Esa mujer es el alma en harapos de una nación derruida.

¿Te acuerdas de Kim Jong-il? Durante su funeral los norcoreanos mostraron un desconsuelo similar. Ese, también, parecía un pesar legítimo. Pero seguramente has escuchado del síndrome de Estocolmo. Podríamos, pues, denominar la reacción de los norcoreanos como el síndrome de Pyongyang. El síndrome de La Habana es un poquito más sutil, pues los medios de prensa y una notable parte de la intelligentsia continúan tomando partido con el secuestrador.

El hecho de que escriba esto demuestra que soy un error en el sistema. Fui adoctrinado para ser un robot que diseminara propaganda castrista a los cuatro vientos. Pero me liberé.

Habiendo dicho esto, la próxima vez que quieras celebrar los beneficios del parque temático que es Cuba, haznos un favor y piensa en tu privilegio infinito. No olvides que tienes un pasaje de vuelta a casa.

4 diciembre, 2016

Una caja de cenizas, el Estado y la próxima revolución en Cuba.

Marcelo "Liberato" Salinas



Cuba sin Fidel Castro. El hecho que venían cocinando en su imaginación adeptos y enemigos durante años ya es una realidad consumada. Sin hacer mucho esfuerzo para sentirlo, se ha percibido un intenso silencio público que ha tenido relativa vida propia frente a la imponente maquinaria estatal de duelo nacional. Los voceros oficiales insistieron en que ese silencio fue una expresión palpable de consternación de masas. Los opositores anti-castristas recalcaron que ese mutismo fue otra muestra del temor a las represalias que pudieran sufrir aquellos que celebraran el hecho en medio del luto oficial.

Pero ni la consternación, ni el júbilo reprimido fueron los únicos ingredientes que se pudieron percibir en ese momento en Cuba. En el dialogo cotidiano con vecinos, amigos, familiares y personas comunes en la calle, tuvimos la certeza de que la muerte de Fidel Castro pudo ser un hecho trascendente para Cuba, para el mundo y hasta para la llamada Historia Universal, pero a la misma vez no dejó de ser una noticia de escasas consecuencias prácticas para la agobiante cotidianidad sin esperanzas que, como en todos lados, vivimos los que dependemos de la salud de la dictadura salarial.

Fidel Castro, con un hermano que en diez años gobernando ha tenido los grandes méritos de aflojar las tensiones autoritarias que dejó Fidel Castro para que lo esencial del sistema siga igual y crear las condiciones generales para que vuelva a parecer novedoso el razonamiento de aquel otro general-presidente proveniente de Holguín:

*"(...) es que hay dos tipos de socialismo. Uno significa anarquía y el otro funciona bajo la disciplina del gobierno. Uno debe ser realista (...) queremos enseñar al pueblo que los obreros y el capital son necesarios y deben cooperar. Queremos desterrar las ideas utópicas que no funcionarán, pero en las cuales nuestro pueblo cree"*¹

Es que la implementación de este tipo de socialismo en Cuba ha tenido una historia más larga que la que nos cuentan los actuales seguidores de la familia Castro. El anterior dictador, Fulgencio Batista, hizo una contribución fundamental para el socialismo autoritario en la Isla, como lo expresó con claridad meridiana en la reflexión anterior, que si se sigue ignorando no podremos tener una

Tampoco había mucho que festejar, teniendo a la vista el incierto panorama que deja tras de sí

¹Gracias al acucioso investigador norteamericano Robert Whitney podemos tener acceso a este documento que está por demás disponible en el libro *Estado y revolución en Cuba*, tranquilamente publicado por la editorial Ciencias Sociales de La Habana en 2010, p.230

idea cabal de la función histórica de Fidel Castro en la historia de Cuba.

El 20 de noviembre del próximo 2017 se cumplirán 80 años del primer evento político para masas convocado y gestionado por el sargento coronel Fulgencio Batista, para lo cual se valió de la entonces Secretaría del Trabajo, que le garantizó la asistencia obligatoria al menos de los empleados públicos de La Habana; el ejército le permitió reclutar por la fuerza trenes, camiones, tranvías, automóviles, para lograr concentrar entre 60 mil y 80 mil personas en el Stadium La Tropical, como propaganda mediática para promover lo que fue el llamado Plan Trienal del anterior dictador².

Fue aquel el primer acto en Cuba de lo que se convertiría en una tecnología dramática de movilización permanente de masas en función de los intereses exclusivos del Estado cubano, que después sería manejada durante más de medio siglo con una maestría insuperable por Fidel Castro. Lo que en 1937 fue una balbuceante iniciativa autoritaria apenas gestionada por la Secretaría del Trabajo y el Ejército Nacional, después de 1959 aquella iniciativa fundacional de Batista se convirtió en una técnica de uso cotidiano que abarca a la totalidad de las instituciones del país y a millones de personas en todo el territorio nacional hasta hoy.

Los procedimientos gubernamentales que en Cuba inauguró Fulgencio Batista y que heredó y desarrolló hasta la perfección Fidel Castro, deja ahora con su muerte ampliamente abierto

el camino para que sus candidatos a sucesores redescubran, con sorprendente actualidad para ellos, lo más auténtico del pensamiento político de Batista y las aportaciones de su Comandante en Jefe a ese gran propósito compartido por los dos gobernantes de lograr el control total de Cuba, por medio de la maquinaria del Estado nacional.

Si Fulgencio Batista no tuvo el coraje, ni la pretensión, ni la oportunidad epocal, de plantearse una ruptura con la hegemonía imperial yanqui en Cuba para llevar a cabo la realización plena del Estado Nacional, Fidel Castro sí tuvo la inmensa audacia y la coyuntura histórica favorable para desafiar directamente el dominio de EE.UU. sobre Cuba. Bajo el efecto sublimante de ese colosal propósito, más su soberbio talento de príncipe maquiavélico, logró convertir en sistema lo que fue una simple frase demagógica de Batista: *un socialismo bajo la disciplina del gobierno*, que ha sobrevivido a los más grandes desastres del último medio siglo y que ha convertido al Estado Cubano en una maquinaria imponente que no tiene reservas ningunas en afirmar como el 1 de mayo de 2008 que “socialismo es soberanía nacional”, es decir... *Nacional-Socialismo*.

Es que Fidel Castro fue el gran arquitecto no sólo de “La Revolución”, sino de algo que sus millones de acólitos no pueden definir con precisión todavía pero que a todas luces es el Estado de Bienestar en su versión estalinista en Cuba, un modelo de gestión gubernamental surgido de la particular ubicación de la Isla en el escenario de la Guerra Fría, como aliado privilegiado de la URSS en América Latina, lo cual le permitió al Estado cubano contar con excepcionales recursos para poner en práctica los emblemáticos programas de educación integral desde el pre-escolar hasta la enseñanza superior, un sistema de salud universal y gratuito, el pleno empleo,

²Toda la prensa de la época en Cuba cubrió esta inédita noticia y el acusoso investigador Robert Whitney en el mismo libro *Estado y revolución en Cuba*. Ob.Cit. pág 283, da cuenta de este hecho por medio de fuentes gubernamentales norteamericanas. Ver: Archivo del Congreso de los EE.UU. Grant Watson a Eden, La Habana, 2 de diciembre, 1937. PRO/FO/A/9019/65/14, no.171.

urbanización masiva, mejoras civilizatorias fundamentales para los millones de excluidos por el capitalismo neocolonial que han distinguido a Cuba del resto de los países de la región.

Como en todos lados donde se han implementado estas políticas, ellas permitieron una mejoría sustancial en los niveles de vida de las masas más postergadas, pero junto a ello y simultáneamente, -intensión estratégica-, un fortalecimiento sin precedentes del entramado de instituciones gubernamentales, que han conducido a una verdadera apoteosis del bienestar del Estado en Cuba.

Pero Fidel Castro hizo mucho más con el uso de esos cuantiosos recursos que adquirió de la relación privilegiada con la URSS, convirtió al Estado cubano en un influyente actor en política internacional, en la descolonización de África, Asia y en la expansión de los movimientos antiimperialistas en América Latina, haciendo de Cuba un epicentro activísimo de las tendencias con intensiones socialistas no alineadas a la hegemonía soviética.

Después cuando se desplomó la potencia imperial soviética Fidel Castro y su inmenso prestigio internacional resucitaron un nuevo movimiento anti-neoliberal en América Latina que llegó a convertirse en gobiernos en importantes países de la región y junto a ello la puesta en práctica de un programa sin precedentes de servicios médicos-sanitarios del Estado cubano para los más excluidos del mundo que llevó a los inestimables médicos cubanos a lugares tan remotos como el Himalaya pakistaní o el más cercano pero catastrófico Haití.

Sin embargo hay que decir también que todos esos movimientos anti-coloniales y anti-

neoliberales que aupó Fidel Castro desde Cuba se encuentran, una década y media después en una profunda crisis política, moral, epistemológica etc., desde Sudáfrica, Angola, Argelia, hasta Venezuela, Brasil, Argentina y en camino de adentrarse en esa misma crisis en Nicaragua, Ecuador, Bolivia, El Salvador o VietNam. Por otro lado, aquel inédito y admirable programa de servicios-médicos cubanos para los países del Tercer Mundo hoy es simple y ordinariamente la principal fuente de ingreso de la burguesía fidelista que maneja el Estado cubano.

II.

La muerte del Líder Máximo ocurre en momentos en que la maquinaria estatal cubana resucitada en 1959-60, se adentra en otra crisis de reproducción material, hundida en gastos de inversión y control social que la hacen insostenible, pero con una legitimidad popular que se mantiene altísima a pesar de todas las deserciones. Esta peculiar y favorable situación, las élites gubernamentales la están aprovechando a fondo para dismantelar el Estado de Bienestar Cubano de la época de Fidel Castro y la Guerra Fría, "sin prisa pero sin pausa", como ha afirmado el general-presidente Raúl Castro. Para ello se verán precisados a vender al país en pedazos por tal de sostener su Estado, por eso prefieren mejor aliarse con los más grandes grupos financieros del mundo que refinancien sus deudas, antes que dar un solo paso firme en avanzar en una socialización de las escalas de decisión y de las capacidades de gestión de las personas y los colectivos sobre sus vidas, que encarnen en realidades concretas, y no en abstracciones de propaganda, los pasos modestos pero precisos hacia la comunización de la vida cotidiana y la extinción del Estado burocrático y parasitario.

En aras de este perfeccionamiento y racionalización del capitalismo estatal en Cuba los herederos de Fidel Castro cuentan con dos herramientas fundamentales legadas también por Fulgencio Batista: la Central de Trabajadores de Cuba, organización sindical fraguada en enero de 1939 producto de la alianza entre el aparato político-militar batistiano y los estalinistas cubanos, garantiza hasta hoy el control total del movimiento obrero cubano por parte del Estado y los gobiernos de turno.

Si en 1939 fue un cuadro del Partido Comunista llamado Lázaro Peña –luego conocido como el “capitán de la clase obrera”- el encargado por Batista de gestionar esta alianza, en 1960 recibió ese mismo encargo de Fidel Castro y tuvo el tiempo suficiente de crear una escuela de oportunistas y aprovechadores que ha dado lugar a personajes clonados de Lázaro Peña como Pedro Ross Leal o Salvador Valdés Mesa, que han dedicado su vida a mantener y vivir del legado de Fulgencio y Fidel Castro de hacer un socialismo *bajo la disciplina del gobierno*.

El Código de Defensa Social de abril de 1939, pieza clave que retrata el espíritu fascista batistiano, es otro instrumento heredado del sargento-coronel Batista que ha sido ratificado con nombres distintos y vigorizado hasta el infinito bajo el poder de Fidel Castro. Desde su puesta en vigor ha servido para regularizar la pena de muerte por delitos políticos, el protagonismo de los tribunales militares y la arbitrariedad represiva en general; pieza jurídica olvidada interesadamente por todas las tendencias políticas tanto pro-demócratas como pro-dictatoriales, el Código de Defensa Social no fue formalmente anulado ni por la Constitución de 1940, ni la de 1976, ni la de 1992, por lo que ha mantenido y mantiene su total utilidad frente a los conflictos sociales que generarán el desmantelamiento del Estado del

Estado de Bienestar estalinista cubano en los próximos años.

Después de tantas vidas destrozadas en medio de supuestos antagonismos, después de tantas torturas infernales para provocar demencia y desmoralización, después de tantos fusilamientos sumarios, amargos exilios, largas penas en cárceles horrendas, de tantos discursos encendidos y sublimes, después de tanta soberbia e intolerancia, se irá haciendo cada vez más visible con silencioso cinismo que lo más depurado e inconcluso del *espíritu batistiano*, puede hacer aportaciones sustanciales a eso que ahora los hombre de Estado en Cuba han logrado finalmente definir como la *actualización del modelo económico del socialismo cubano*.

III.

En una fecha tan temprana como el 10 de enero de 1959 el periódico *El Libertario* que recién salía de la férrea clausura que le había impuesto la policía política batistiana, publicó un texto del hoy olvidado militante anarquista Antonio Landrian donde por primera vez intuyó estas confluencias:

La Revolución Fidelista del 26 de julio ha triunfado. ¿Triunfará su ideal? ¿Cuál es su ideal? Principalmente la libertad o dicho en imperativo: la liberación. ¿De qué? Del yugo batistiano. El yugo batistiano era violencia, imposición, peculado, despotismo, coacción, tortura, obcecación, autoritarismo y sometimiento en cadena. Era centralismo, soborno y servilismo incondicional... Mientras quede en pie uno de estos pilares del derrocado régimen de Batista, no habrá asegurado su victoria la revolución encabezada por Fidel Castro.

Excepto la violencia y la tortura policiaca, que hace unos años han pasado temporalmente a un rol menos público y visible en Cuba, todos los demás factores señalados por Landrián no sólo han quedado en pie después de 1959, intactos de la dictadura anterior, sino que han tenido un reforzamiento y un desarrollo exponencial desde aquellos días hasta hoy, lo que condujo a que el propio Landrián y los compañeros que animaban *El Libertario*, no pudieran disfrutar de los aires de libertad de esa Revolución Fidelista más allá de mayo de 1960, en que fueron otra vez clausurados, encarcelados, exiliados y prohibidos por la nueva policía política, ahora “revolucionaria”.

La imposición, el peculado, el despotismo, la obcecación, el autoritarismo, el sometimiento en cadena, el centralismo, el soborno y el servilismo incondicional a la maquinaria estatal han seguido teniendo una activísima existencia en Cuba más allá de la derrotada tiranía de Fulgencio Batista. Esa personal intuición que tuvo nuestro compañero Antonio Landrián, perdido en el torbellino de la historia, se ha convertido en la base estructural del funcionamiento de la vida cotidiana en Cuba hasta el momento en que están ocurriendo los funerales de Fidel Castro.

Unos amigos que estando en el parque central de la ciudad de Artemisa a la hora en que murió Fidel fueron expulsados del sitio por la policía y agentes de la Seguridad del Estado, porque “ahora no es momento para estar sentado en el parque conversando”; estudiantes becados en una universidad habanera que los policías encubiertos que pululan en esas instituciones les cerraron las puertas de acceso a sus habitaciones la tarde del 28 de noviembre, porque “tienen que ir a la Plaza de la Revolución o irse para la calle hasta que se acabe la actividad”; la paralización total del transporte estatal en la capital desde el mediodía del 29 de noviembre para lograr que la población sólo estuviera en

la calle para ir al acto masivo de las 7:00 pm, la prohibición de toda actividad deportiva en las áreas verdes colindante a cualquier avenida importante, multas de hasta 1500 pesos, (tres meses íntegros de salario) para el que agarraran consumiendo bebidas alcohólicas en público en los días de luto... son una ínfima muestra de cuáles son los procedimientos cotidianos con que operan los defensores estatales del supuesto socialismo en Cuba.

Fidel Castro nos deja un país con uno de los niveles de instrucción, de salud y calidad de vidas más altos de América, pero todo ello atravesado por el interés estratégico del funcionamiento estable de su maquinaria estatal, en nombre de la lucha contra el imperialismo yanqui y sus lacayos locales. En la realización de ese propósito dio lugar a una sociedad que se encuentra al borde de una crisis migratoria permanente y un colapso demográfico en el horizonte. En esto las políticas imperiales yanquis han tenido un rol decisivo, pero no menos determinante ha sido que la dictadura sobre el proletariado cubano conducida por Fidel Castro ha convertido a Cuba en un territorio poblado por un “... *inmenso rebaño de esclavos del salario (...)* que piden ser esclavos para mejorar su condición”... en cualquier parte del mundo, haciendo realidad las más dolorosas pesadillas del ex anarquista cubano Carlos Baliño allá por 1897 en su texto *Profecía Falsa*.

Ese inmenso rebaño de esclavos del salario, antes pueblo revolucionario, ya estaba en pleno proceso de degradación moral y desposesión material, cuando Fidel Castro pronunció en su discurso del 1 de mayo de 2000 su último concepto de Revolución, sacado del olvido los días de sus honras fúnebres, en el cual afirmó, entre otras cosas, que: “Revolución es cambiar todo lo que debe ser cambiado”. Hace cincuenta años era pragmáticamente inferible que el *sujeto omitido*

de esa definición era sin dudas aquel *pueblo revolucionario* que alguna vez existió; en el año 2000 el sujeto omitido de esa oración no es otro que el propio Fidel Castro, con su capacidad de maniobra y su imponente aparato ideológico-policiaco, que ya en ese año no muestran rubor alguno de omitir a aquel pueblo revolucionario de su concepto de Revolución, conscientes de que ya lo habían castrado de su capacidad de cavilación y decisión propia y, por tanto, ya no está en condiciones de ser sujeto de una oración y mucho menos de ser sujeto de su propia historia.

En las largas jornadas de duelo oficial que vivimos en Cuba se fue haciendo visible que emergía una nueva consigna de masas: “¡Yo soy Fidel!”, que expresa muy bien el estado de esa amputación colectiva. Y entre el inmenso mar de banderas, fotos y carteles auto-elaborados que se vieron por televisión desde Santiago de Cuba, había uno portado por una mujer que decía “¡Yo soy Fidel! ¡Ordene!”. Semejante desajuste gramatical y existencial será crecientemente frecuente en el pensamiento de un pueblo que ha tenido la chocante experiencia de ver a la encarnación más soberbia del poder en la historia de Cuba convertida en una simple cajita de cenizas, un pueblo que tendrá que aprender a vivir sin las órdenes de su Comandante en Jefe y tal vez *descubra por ese camino que no necesita ni más comandantes, ni más ordenes, sino más fraternidad, más auto-organización, menos vileza y miseria moral entre los de abajo, más responsabilidad sobre nuestras vidas, más imaginación comunizadora*, para derrotar al espíritu y a los representantes de la nueva burguesía fidelista, parasitaria y burocrática, que hoy está reconstruyendo íntegramente en Cuba el capitalismo y sus viejos horrores ante nuestras propias narices y disimulan llorar cuando realmente están de fiesta.

Todo lo que facilite ese aprendizaje será una contribución directa para la próxima revolución en Cuba. Todo lo que obstaculice ese descubrimiento popular será la expresión más precisa y actualizada de la contrarrevolución. Las proporciones que en lo adelante logre alcanzar el *fidelismo* como corriente de ideas dentro del izquierdismo fuera y dentro de Cuba serán la expresión exacta de cuanto habrá avanzado la bancarrota moral de las izquierdas autoritarias, estatistas y desarrollistas en el mundo y pondrá sobre la mesa nuevamente la necesidad de seguir fraguando “...los modos más seguros de sacarle los cimientos al orden social de hoy y ponerles otros más seguros sin que se venga abajo la casa...”, como apuntó en enero de 1890 José Martí, reflexionando a propósito de “...aquel tierno y radioso Bakunin”³.

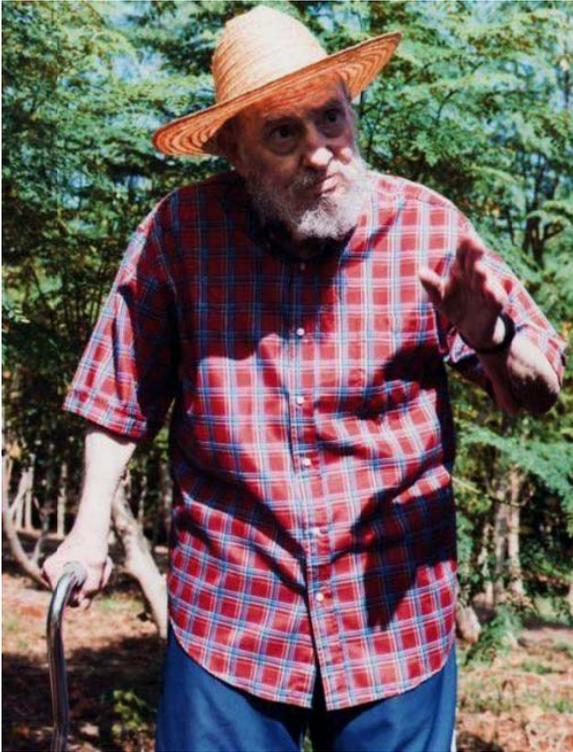
Marcelo “Liberato” Salinas, es el seudónimo de un joven anarquista cubano que vive y lucha día con día dentro de Cuba por el desarrollo de las ideas libertarias en el archipiélago cubano.



³“Desde el Hudson” Obras Completas, tomo 12, pág. 378. Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1982.

Murió Fidel, pero el fidelismo sigue vivo

Pedro Campos.



“no puede faltar el análisis crítico del nefasto papel jugado por el fidelismo en Cuba y en el seno del movimiento revolucionario y socialista internacional.”

Fidel Castro ha muerto, pero su impronta, estampada con saña sobre la sociedad cubana durante 63 años, cuatro meses y 25 días, desde el asalto al cuartel Moncada el 26 de julio de 1953, "cuando todo comenzó", continúa vigente, perjudicando el presente y amenazando el futuro de la nación cubana.

El fidelismo, esa mezcla ecléctica de populismo, voluntarismo, corrupto-estatalismo asalariado, neoestalinismo y autoritarismo, está enraizado en la sociedad cubana, en los cerebros de muchos de los "dirigentes comunistas" designados y en no pocos cubanos de a pie a los que se mal acostumbró a la filosofía enfermiza y destructora de depender de las dádivas de "Papá Estado".

No se trata de hacer "leña del árbol caído"; quienes lo criticamos en vida, de frente y a todo riesgo, compartimos el derecho de todos a expresar nuestros sentimientos, puntos de

vista y preocupaciones en estos momentos, sobre Cuba, su sociedad y el proceso político-económico y social desarrollado en Cuba en nombre de un socialismo que nunca existió y de una revolución que fue secuestrada, burlada y violada en la inocencia y la buena voluntad de su pueblo.

Por eso, ahora que todo el mundo habla de Fidel Castro y su legado, no puede faltar el análisis crítico del nefasto papel jugado por el fidelismo en Cuba y en el seno del movimiento revolucionario y socialista internacional. No será posible hacerlo en unos breves escritos a propósito de su muerte. Serán necesarios varios gruesos volúmenes escritos desde todos los ángulos y visiones, pero la tarea es impostergable, aunque mucho ya se ha avanzado durante su propia existencia.

En estas breves notas y en estos momentos, quiero dejar expresada la esencia de lo que vengo publicando hace ya más de diez años: el fidelismo nada tiene que ver con el socialismo auténtico, ni con las esencias políticas económicas y sociales del pensamiento marxista, y se demuestra simplemente porque toda la obra del fidelismo solo ha servido en Cuba para tratar de consolidar un capitalismo monopolista de Estado, y porque nacional e internacionalmente solo consiguió el repudio de las clases trabajadoras y productivas contra las ideas socialistas.

Si un pensamiento político desquiciado sirvió para fracturar, destruir, inmovilizar y neutralizar el avance del socialismo auténtico en el mundo y especialmente en América Latina, ese ha sido el fidelismo, a tal punto que grandes movimientos políticos y de masas de los mismos trabajadores rechazan la ideas de luchar por el socialismo, por el cambio hacia relaciones de producción libres —privadas y asociadas—, y defienden medidas para preservar las formas de producción asalariadas que tipifican el capitalismo y constituyen la base sobre la cual se sustenta todo su sistema.

Pero como el pensamiento retrógrado y contrarrevolucionario del estatalismo asalariado, base socio-económica del fidelismo, está en crisis y en caída libre desde la caída de la URSS y el llamado campo socialista, nada ha podido evitar su desastre en Cuba y en la región latinoamericana. Nada ha podido evitar tampoco que, en el propio seno del capitalismo, las formas de producción libres, independientes, privadas o asociadas, crezcan y se desarrollen, que un socialismo natural fluya y progrese.

Y por mucho que haya pretendido ocultar el enfrentamiento con su hermano, Raúl

Castro mismo se vio obligado a realizar una serie de transformaciones que llevaron a liberar a la sociedad cubana de varias de las absurdas regulaciones impuestas en estos largos años de fidelismo. Raúl avanzó, aunque nunca pudo completar, una serie de medidas económicas que, de aplicarse consecuentemente, ya hubieran provocado un significativo cambio en la realidad cubana, en todos los órdenes.

Poco tiempo queda ya a Raúl Castro para activar esos cambios. Ahora veremos en Cuba, en el mundo oficial, una lucha por preservar el legado fidelista contra los intentos de acelerar y profundizar los cambios aprobados en el VI Congreso y VII Congreso del PCC, especialmente en lo relacionado con la extensión del trabajo por cuenta propia, el cooperativismo libre, la participación de los trabajadores en las ganancias de las empresas estatales, concretar la inversión extranjera y liberar la economía de todas las trabas y monopolios estatales en el mercado y la propiedad.

Que tales cambios fructifiquen y posibiliten una consolidación del ala pragmática en la que se encuentran muchos militares y elementos vinculados a las empresas estatales relacionadas con el capital extranjero fundamentalmente y la esfera del turismo internacional, dependerá de la permanencia de los fidelistas en las posiciones fundamentales del Partido y el Gobierno.

El ala pragmática está preñada de la contradicción que significa mantener la unidad del oficialismo en torno a la figura histórica de Fidel y al mismo tiempo dejar atrás su legado socio-económico. El parto de una criatura nueva y progresista se producirá si se acompaña de un proceso de democratización política que rescate la libertad de expresión, crítica, asociación y elección, que permita la

participación pacífica y democrática de todos los sectores de la sociedad cubana, especialmente el opositor, la disidencia socialista y el pensamiento diferente.

Los grandes errores de Gorbachov fueron no sacar de la dirección del PCUS a los conservadores, no ganarse el apoyo de la disidencia socialista, los demócratas y los liberales y no desestatizar la economía.

Cuba tiene ahora, como nunca, la posibilidad de cambiar y de hacer realidad los grandes enunciados democráticos originales que provocaron la revolución de 1959. La gran

mayoría del pueblo cubano así lo demanda. Es la hora de la sociedad en que quepamos todos los cubanos, los de dentro y los de fuera y, en la armonía de las diferencias, levantar la gran nación que soñaron nuestros padres fundadores del siglo XIX.

¿Podremos? Sí, se puede, si todos asumimos responsable y sabiamente el momento histórico.

La Habana | 29 de Noviembre de 2016



Fidel Castro (1926-2016)

Samuel Farber *



¡En pants descanse!

Tras una larga enfermedad que le obligó a renunciar a su cargo en julio de 2006, Fidel Castro murió el 25 de noviembre pasado. Castro había sobrevivido antes a muchos intentos de EEUU de derribar su gobierno y eliminarlo físicamente mediante el patrocinio de invasiones militares, numerosas tentativas de asesinato y ataques terroristas. Ejerció el poder político supremo en Cuba durante más de 47 años, e incluso después de retirarse continuó políticamente activo durante varios años, reuniéndose con numerosas personalidades extranjeras y publicando sus Reflexiones en la prensa del Partido Comunista Cubano.

Fidel era hijo de la cubana Lina Ruz y del inmigrante gallego Ángel Castro, quien llegó a ser un rico productor azucarero en la isla. Fidel estudió en un colegio jesuita, considerado una de las mejores escuelas de Cuba. Después de acceder a la facultad de Derecho de la Universidad de La Habana, en 1945, comenzó su actividad política colaborando con una de las diversas bandas que asolaban la universidad. Como activista universitario

combativo, Fidel participó en 1947 en un intento de invadir la República Dominicana para provocar un levantamiento contra Trujillo, y en el “Bogotazo” de 1948, cuando una amplia ola de disturbios sacudió la capital colombiana tras el asesinato del dirigente liberal Eliécer Gaitán. El carácter desorganizado y caótico de estas empresas fallidas marcó de modo importante las ideas de Castro sobre la disciplina política y la supresión de las opiniones y facciones disidentes en el seno del movimiento revolucionario.

Después se unió al activo Partido Ortodoxo, dirigido por el carismático senador Eduardo Eddy Chibás, donde llegó a ser candidato a la Cámara de Representantes. El Ortodoxo era un partido reformista, democrático y progresista, anticomunista declarado y centrado en la lucha contra la corrupción política que hacía estragos en la isla. Fue la sección juvenil de este partido la principal fuente de reclutamiento de Fidel Castro cuando optó por la lucha armada contra la recién establecida dictadura militar del general retirado Fulgencio Batista.

Batista había tomado el poder mediante un golpe de Estado el 10 de marzo de 1952, realizado para impedir las elecciones generales que debían tener lugar el 1 de junio de ese mismo año y que él estaba seguro de perder. A finales de 1956, poco más de dos años antes de derribar a Batista, el Movimiento 26 de Julio de Castro, así llamado por la fecha de su intentona armada fracasada de 1953, comenzó a emerger como el polo opositor hegemónico a la dictadura. Esto fue posible, en parte, gracias al colapso de los viejos partidos políticos cubanos, incluido el Ortodoxo, y al fracaso de los levantamientos dirigidos por otras organizaciones.

Por otro lado, su hegemonía en las filas revolucionarias también fue fruto de sus propios talentos políticos. Castro era un astuto político revolucionario y sabía utilizar con maestría los elementos clave de la ideología política democrática predominante en el seno de la oposición a Batista para atraer y ampliar el apoyo de todas las clases sociales del país. Así, endosó repetidamente, antes de la victoria del movimiento revolucionario, la constitución de 1940, una constitución progresista y democrática que gozaba de gran popularidad. También rebajó, sin merma de su combatividad política, el radicalismo social de La historia me absolverá, su famoso discurso de 1953.

Fidel Castro era un consumado táctico que captaba al instante las cuestiones clave del momento y actuaba en función de ellas. Por ejemplo, después de salir de la cárcel y refugiarse en México en 1955, acuñó el lema de “en 1956, seremos libres o seremos mártires”. Sabía que con esta promesa estaba obligado a volver a Cuba ese año, aunque no estuviera preparado desde el punto de vista militar, pues de lo contrario corría el enorme riesgo de perder la credibilidad. Sin embargo, decidió que aquella frase era necesaria para diferenciar su grupo de sus competidores

armados y revitalizar la conciencia política, especialmente de la juventud, que se había visto muy erosionada por la decepción. Cumplió su palabra y entró en Cuba junto con otros 81 hombres a bordo del Granma a comienzos de diciembre de 1956, lo que incrementó significativamente su prestigio.

Tras la victoria

La derrota total del ejército de Batista por parte de Castro y su tropa abrió la vía a la transformación de una revolución política democrática interclasista en una revolución social. En los dos primeros años que siguieron a la victoria, Fidel Castro consolidó el aplastante apoyo popular de que gozaba mediante una redistribución radical de la riqueza, que posteriormente desembocó en una nacionalización completa de la economía, incluidos los establecimientos minoristas más pequeños.

Esta economía eminentemente burocrática dio lugar a una fuerte caída del rendimiento, agravada en gran medida por el criminal bloqueo económico impuesto por EEUU sobre Cuba en 1960. Fue la ayuda masiva de la Unión Soviética la que permitió al régimen mantener un nivel de vida austero que aseguraba la satisfacción de las necesidades más básicas de la población, especialmente en materia de educación y salud. Otro factor igualmente importante que reforzó el respaldo popular del régimen castrista fue la revitalización de un antiimperialismo popular que estaba latente en la isla desde la década de 1930.

Control organizativo

El gobierno de Fidel Castro transformó el apoyo popular en movilización popular. Esta

fue la contribución más significativa del régimen cubano a la tradición comunista internacional. Sin embargo, al tiempo que favorecía la participación popular, Fidel evitó el control democrático desde abajo y acaparó tanto poder político personal como pudo. Bajo su liderazgo, a comienzos de 1960 se estableció el régimen de partido único, sancionado legalmente en la constitución aprobada en 1976.

El Partido Comunista en el poder utiliza las “organizaciones de masas” como correas de transmisión para las “orientaciones” del partido. Cuando se establecieron oficialmente estas “organizaciones de masas”, en 1960, quedaron eliminadas todas las organizaciones independientes que existían y que podían competir con las instituciones oficiales. Entre ellas se incluyeron las “sociedades de color”, que durante mucho tiempo habían sido el cimiento de la vida organizativa de los negros en Cuba, numerosas organizaciones de mujeres, en su mayoría dedicadas a actividades benéficas, y los sindicatos, que fueron incorporados al aparato de Estado tras una profunda purga de todas las disidencias.

El control personal ejercido por Fidel Castro desde la cúspide fue una causa importante de irracionalidad económica y despilfarro. El balance global de sus intervenciones personales en los asuntos económicos es bastante negativo, desde la campaña económicamente desastrosa de la zafra de los diez millones en 1970, que no logró alcanzar sus objetivos en la producción de azúcar y distorsionó el resto de la economía, hasta la incoherencia económica y la microgestión intrusiva de su “batalla de ideas” poco antes de retirarse.

Manipulación y represión

Una característica destacada de los 47 años

de ejercicio del poder de Fidel Castro fue su manipulación del apoyo popular. Esto se puso especialmente de manifiesto en los primeros dos años de la revolución (1959-1960), durante los cuales nunca reveló, ni siquiera a sus seguidores, adónde pretendía dirigirse políticamente. La censura sistemática que estableció su régimen a partir de 1960 es inherente a la política manipuladora, y continúa bajo Raúl Castro. Los medios de comunicación, de conformidad con las “orientaciones” del Departamento Ideológico del Partido Comunista Cubano, solamente publican las noticias que satisfacen las necesidades políticas del gobierno. La censura es sumamente drástica en la radio y la televisión, que operan bajo la batuta del ICRT (Instituto Cubano de Radio y Televisión), una institución desdeñada por muchos artistas e intelectuales por sus prácticas abusivas.

La ausencia sistemática de transparencia en la actividad del gobierno cubano se mantiene bajo el gobierno de Raúl Castro. Un ejemplo claro es el cese repentino, en 2009, de dos altos dirigentes políticos, el ministro de Asuntos Exteriores Felipe Pérez Roque y el vicepresidente Carlos Lage, sin que el gobierno explicara suficientemente la decisión. Después se produjo un vídeo en que se detalla la versión gubernamental de aquellos hechos, pero solo se muestra a un público seleccionado de dirigentes y cuadros del Partido Comunista Cubano. La censura y la falta de transparencia se ha convertido ocasionalmente en mendacidad declarada, como en el caso de los repetidos desmentidos por parte de Fidel Castro de los malos tratos físicos en las cárceles cubanas, pese a que los hayan documentado varias organizaciones independientes de derechos humanos.

Fidel Castro creó un sistema político que no duda en recurrir a la represión, y no únicamente contra los enemigos de clase, para consolidar su poder. Es un sistema que utiliza

la policía y medidas administrativas para solventar conflictos políticos. Ha aplicado la legalidad de manera arbitraria para reprimir la disidencia política y a la oposición. Entre las leyes que ha invocado para ello se incluyen las que castigan la propaganda enemiga, el desacato a la autoridad, la rebelión, actos contra la seguridad del Estado, impresión clandestina, divulgación de noticias falsas, peligrosidad social precriminal, asociación, reunión y manifestación ilícitas, resistencia, difamación y libelo. En 2006, Fidel Castro admitió que en tiempos había habido 15 000 presos políticos en Cuba, si bien en 1967 habló de un número de 20 000.

Política exterior

Para muchos latinoamericanos y otras gentes del tercer mundo, no fue el establecimiento del comunismo en Cuba lo que despertó su simpatía por el dirigente cubano, sino su abierto desafío al imperio estadounidense y su tenaz persistencia en esta actitud. Fidel Castro no solo afirmó la independencia de Cuba, sino que también apoyó y patrocinó movimientos en el extranjero contra las clases dominantes locales y el imperio de EE UU. El gobierno cubano pagó el precio de ello con invasiones militares propiciadas por Washington, intentos de asesinato y campañas de terror, además del prolongado bloqueo económico de la isla. Plantar cara al Goliath norteamericano no solo era cuestión de parar los pies a una potencia muy superior, sino también a la arrogancia y al racismo del poderoso vecino del norte. Como ha señalado el historiador Luis A. Pérez, Washington trataba a menudo a los cubanos como niños a los que había que enseñar a comportarse.

Sin embargo, hay muchos malentendidos en la izquierda con respecto a la política exterior cubana. Aunque es verdad que Fidel Castro mantuvo su oposición al imperio

estadounidense hasta su último aliento, su política exterior, particularmente a partir de finales de la década de 1960, perseguía más la defensa de los intereses del Estado cubano, tal como él los concebía y a la luz de su alianza con la URSS, que no el impulso de la revolución anticapitalista como tal. Puesto que la Unión Soviética consideraba que América Latina formaba parte de la esfera de influencia de EE UU, presionó a Cuba política y económicamente para que rebajara su apoyo abierto a las guerrillas latinoamericanas. A finales de la década de 1960, la URSS se salió con la suya y esto explica por qué en la década de 1970 Cuba puso el punto de mira en África con un vigor que se nutría de la conciencia de que su política en este continente esta estratégicamente más compatible con los intereses soviéticos, pese a sus numerosos desacuerdos tácticos.

La alianza estratégica con la URSS ayuda a comprender por qué la política africana de Cuba tuvo implicaciones muy diferentes para Angola y el apartheid sudafricano, donde en general se situó en la izquierda, que en el Cuerno de África, donde no fue este el caso. En esta parte del continente, el gobierno de Fidel Castro apoyó una sanguinaria dictadura “de izquierda” en Etiopía y le ayudó indirectamente en su esfuerzo por acabar con la independencia de Eritrea. El principal factor que explica la política cubana en esta zona fue el hecho de que el gobierno etíope se había puesto del lado de los soviéticos en la guerra fría.

Esta fue también la razón de que Fidel Castro, para gran sorpresa y decepción del pueblo cubano, apoyara la invasión soviética de Checoslovaquia en 1968, aunque estaba claro que la antipatía de Castro hacia la política liberal de Dubcek influyó de modo importante en su decisión de apoyar la acción soviética. Fidel Castro también apoyó, al menos implícitamente, la invasión soviética de

Afganistán en 1979, pese a que lo hizo de mal grado y con sordina, dado que casualmente Cuba acababa de asumir la presidencia del Movimiento de los No Alineados, cuyos miembros criticaron abiertamente, en su gran mayoría, la intervención soviética.

Por lo general, la Cuba de Fidel Castro se abstuvo, incluso en las primeras etapas de su política exterior a comienzos de la década de 1960, de apoyar movimientos revolucionarios dirigidos contra gobiernos que mantenían buenas relaciones con La Habana y rechazaban la política estadounidense hacia la isla, al margen del color ideológico de dichos gobiernos. Los casos más paradigmáticos de esta actitud basada en “razones de Estado” son las relaciones muy amistosas que mantuvo Cuba con el México del Partido Revolucionario Institucional (PRI) y la España de Franco. Vale la pena señalar asimismo que en varios países latinoamericanos, como Guatemala, El Salvador y Venezuela, el gobierno de Fidel Castro favoreció algunos movimientos guerrilleros y de oposición y se opuso a otros en función del grado en que estaban dispuestos a apoyar la política de Cuba.

Fidel Castro desde la perspectiva histórica

El establecimiento de un régimen de tipo soviético en Cuba no puede explicarse mediante generalizaciones sobre el subdesarrollo, la dictadura y el imperialismo, que se han aplicado a toda América Latina. El principal factor que explica la singularidad de la evolución de Cuba es el liderazgo político de Fidel Castro, que resultó decisivo en el triunfo sobre Batista y en la definición del rumbo que tomó la revolución cubana tras la toma del poder. A su vez, el papel de Fidel Castro fue posible por la situación socioeconómica y política particular de Cuba a finales de la década de 1950, que incluía la existencia de clases económicamente sustanciales, pero

políticamente débiles: capitalistas, clase media y clase obrera; un ejército profesional y en buena parte mercenario, cuyo mando mantenía escasos lazos con las clases económicamente poderosas; y un sistema notablemente deteriorado de partidos políticos tradicionales.

El legado de Castro, sin embargo, se ha tornado incierto, sobre todo desde el colapso de la URSS. Bajo Raúl Castro, el gobierno, particularmente después del sexto congreso del Partido Comunista en 2011, prometió cambios significativos de la economía cubana que apuntan en general hacia el modelo chino-vietnamita, que combina la apertura al mercado capitalista con autoritarismo político. El restablecimiento de relaciones diplomáticas con EEUU, anunciado en diciembre de 2014 y aceptado a regañadientes por Fidel Castro algún tiempo después, favorecerá probablemente esta estrategia económica, en especial en el caso ahora improbable de que el Congreso de EEUU modifique o anule la ley Helms Burton promulgada en 1996 (con el consentimiento del presidente Clinton), que convirtió en ley el bloqueo económico de la isla. Mientras tanto, la corrupción y la desigualdad van en aumento, corroyendo la sociedad cubana y favoreciendo un sentimiento generalizado de pesimismo y el deseo de muchas personas, especialmente jóvenes, de salir del país a la primera oportunidad.

Dada la probable transición futura hacia un capitalismo de Estado y el papel que puedan desempeñar los capitales y poderes políticos extranjeros, como EE UU, Brasil, España, Canadá, Rusia y China, el porvenir de la soberanía nacional cubana –tal vez el único elemento indudablemente positivo del legado de Fidel Castro– parece sumido en la incertidumbre.

* Samuel Farber nació y se crio en Cuba; ha escrito numerosos artículos críticos y libros en torno al régimen castrista . Su último libro se titula *The Politics of Che Guevara: Theory and Practice*, publicado por Haymarket Press en 2016. En la actualidad vive en New York.



Cuba: más de medio siglo de Alta Fidel-idad

Rafael Cid.



“Parecía grande, pero era la sombra que proyectaba”

(El Roto)

Los que en el mayo francés del 68 asimilábamos juventud, representamos a una generación que vio en el triunfo de la Revolución Cubana una esperanza humanista distinta a todo lo hasta entonces conocido. En aquella época cualquier sensibilidad política consecuente no podía ignorar las atrocidades cometidas por el colonialismo rampante. Asesinatos alevosos como los del congoleño Patricio Lumumba, el marroquí Ben Barka, el portugués Humberto Delgado o argelino Mohamed Khider evidenciaban la necesidad de posicionarse frente a los regímenes despóticos que pretendían para el reloj de los pueblos hacia su autodeterminación. Por eso, la sublevación liderada por Castro, Guevara, Cienfuegos y Matos, entre otros, para liquidar la dictadura de Batista fue sentida con general alborozo. De hecho, aquel “sí se puede” de los sublevados de Sierra Maestra, mentalizó al español Frente de Liberación Popular (FELIPE) para tratar de reproducir su modelo insurreccional en la Sierra de Segura, con la ayuda de la Yugoslavia no alineada de Tito.

Pero mientras nos movilizábamos y protestábamos contra las agresiones del Tío Sam en el Tercer Mundo, en Europa otro imperio también intervenía por la fuerza en “su patío trasero” ante la indiferencia de muchos los que solo tenían ojos para “los yanquis”.

Primero fue el levantamiento obrero en Berlín (1953), luego la revolución de Hungría (1958) y finalmente la ocupación de Checoslovaquia (1969), uno tras otro los peones de la URSS que osaron enfrentarse al estalinismo fueron cayendo a manos del Ejército Rojo. Solo los anarquistas y el movimiento libertario, los mismos que apoyaron a los revolucionarios cubanos desde sus balbucesos, osaron denunciar los atropellos cometidos en las “democracias populares”.

Para entonces la causa de la “izquierda” se había convertido en la del “comunismo soviético”, sobre todo por al seguidismo de una gran parte de la *intelligentsia* francesa. Echando mano del tradicional *engagement* (compromiso) surgido del “caso Dreyfus”, y seguramente para compensar su “exilio interior” durante la ocupación nazi y el gobierno de Vichy, las luminarias del momento se enrolaron en la causa del socialismo realmente existente. De esta manera contribuyeron a legitimar en el liderazgo político un culto a la personalidad impropio de gentes que se reconocían en la misión de razonar en libertad. Un fenómeno estudiado y documentado con lucidez por el historiador británico Tony Judt en su obra *“Pasado imperfecto”*.

Sin embargo ya por esas fechas los estudios sociológicos más rigurosos habían establecido el hecho diferencial entre las sociedades occidentales y las soviéticas. Lo había formulado Raymond Aron, uno de los pocos intelectuales que junto con Albert Camus se desmarcó del pensamiento imperante en el medio, en el marco de las clases impartidas en la Sorbona parisina en 1956-1957 acerca de la evolución de la sociedad industrial y la sociedad tradicional. El curso, que sería publicado años después en tres entregas editoriales sucesivas (*Dieciocho lecciones sobre la sociedad industrial, La lucha de clases y Democracia y totalitarismo*) marcaba el sesgo en el tipo de gestión política aplicada en cada caso (de planificación estatal y de libre competencia) y su repercusión sobre la conformación de sus respectivas clases sociales y regímenes políticos.

Un diagnóstico que cobra actualidad al sopesar muchos de los análisis y reflexiones emitidos a raíz de la muerte de Fidel Castro. Dejemos aparte por mendaces y estériles las opiniones nacidas a impulso de un anticomunismo patológico, que negarán el pan y la sal en cualquier circunstancia y lugar. Y vayamos a las valoraciones realizadas desde la empatía de una izquierda zurda, que solo considera una parte del problema, los éxitos de la revolución, engrandecidos por producirse en conflicto con el hostigamiento de la primera potencia mundial. Se trata de una realidad no exenta de victimismo, porque los hechos ciertos en que basan su postura (invasión de la CIA en Bahía de Cochinos, embargo, operaciones de desestabilización, etc.) son utilizados para negar, cuando no para exculpar, el carácter dictatorial del régimen castrista. Con ello se consuma el fracaso histórico de un modelo de construcción del socialismo que nunca ha sido capaz de cohabitar con un sistema de libertades civiles plenas.

La brutal represión del opositor; la prohibición de salir del país (hasta hace poco); la concentración unipersonal del poder; el

disciplinamiento militar de la sociedad; el monopolio gubernamental de los canales de información (que alcanza a la censura de internet); los miles de balseros ahogados en su huida (las primeras oleadas de pateras del siglo XX); los fusilamientos extrajudiciales; el aniquilamiento de la pluralidad política y sindical; la persecución de los intelectuales críticos (caso Padilla, caso Jorge Edwards, etc.); la enajenación de los recursos económicos del país (tierra, trabajo y capital) al servicio del partido único en un contexto de racionamiento de alimentos; el hostigamiento a los homosexuales (caso Reynaldo Arenas); el exilio forzoso de más de dos millones de habitantes; y otros desmanes semejantes son despachados con la excusa de unos logros sociales (innegables) en aspectos como sanidad y educación sin parangón en el continente.

Es decir, de aceptar esta socorrida tesis, los seres humanos nos veríamos obligados a optar entre morir o perder la vida. Vegetar a la sombra de una *nomenklatura* poli-mli que graciosamente nos permite consumir salud y educación o arriesgarnos a ser lo más libres del cementerio. Y ello en el contexto de la civilización con más recursos materiales, técnicos y científicos de la historia. Lo reflejaba con cifras y fechas un veterano corresponsal en Cuba: “Para los defensores de la revolución, los datos que cuentan son otros: antes de 1959 la mortalidad infantil era superior a 60 por cada 1.000 nacidos vivos – ahora es de 4,2- ; la esperanza de vida era de 60 años para los hombres y 65 en el caso de las mujeres – hoy la cifra se ha elevado en 15 años para ambos sexos”. Hechos incontestables y enormemente meritorios. ¿Pero basta eso para bendecir a la dictadura? ¿Y sobre todo, cabe atribuir esos avances a la obra de un solo individuo, cuya deificación ha llevado a las autoridades a prohibir el consumo de alcohol y la música estridente durante los nueve días de duelo nacional decretados?

Porque no es verdad que esas estadísticas hayan sido posibles solo por la sabiduría de

Castro y el régimen que inspiró. No existe el paradigma de una revolución cubana genuinamente progresista. Nadie puede afirmar honestamente que las tres generaciones sacrificadas en ese medio siglo largo de alta Fidelidad no podrían haber disfrutado de esos avances por otros caminos menos destructivos. Sirvan en ese sentido algunos ejemplos paradójicos. En 1960 España tenía una esperanza de vida de 60,68 para los hombres y de 71,68 para las mujeres, y pasó en 2014 a 80,40 para los primeros y a 88,20 para las segundas; y en el caso de la mortalidad infantil el cambio fue de 64,2 por cada 1.000 nacidos en 1950 a 3,8 en 2006. Aunque las comparaciones son odiosas, nuestro país también sufrió una larga dictadura, que no obstante tuvo a gala implementar en 1963 las bases de la vigente Seguridad Social. Por tanto, no parece que esas transformaciones sustantivas sean una patente exclusiva del castrismo y de su igualitarismo verde oliva.

De hecho, el podio mundial en salud infantil lo ostenta uno de los iconos del capitalismo global. Otra dictadura donde se viola sistemáticamente los derechos humanos (FreedomHouse) que pasa por ser uno de los tres países con mayor desigualdad de ingresos del planeta, según el coeficiente Gini. Se trata de Singapur, isla como Cuba pero con la mitad de población y muchos menos recursos en origen de que los que disponía la

perla del Caribe en 1959. Su activo: detentar el menor índice de mortalidad infantil del planeta (1,9 en 2010); ser el número ocho en esperanza de vida, con 85 años para las mujeres y 80 para los varones (OMS); tener prácticamente cero desempleo (2%) y corrupción (Transparency Internacional); estar considerado un referente universal en educación de calidad; y disponer de un 85% de población residente en vivienda pública. Su pasivo: la pena capital (como en Cuba); carecer de libertad de prensa (Reporteros sin Fronteras); imponer castigos corporales por delitos comunes; el sistema de partido único; e incluso la prohibición de hacer grafitis y mascar chicle (sic). Lee KuanYew, considerado el padre de la patria de Singapur, es la réplica autocrática del castrismo en Asia. Vidas paralelas en la distancia geográfica e ideológica, el Cesar visionario malasio también llegó al poder en 1959 y no lo abandonó hasta el año 2004, después de legar el cargo a su hijo el general Lee HsienLoong. Esta transición en familia se produjo apenas cuatro años antes de que Fidel cediera la presidencia a su hermano Raúl.

Una vez más conviene recordar aquella afirmación de Bakunin: "libertad sin socialismo es privilegio e injusticia; socialismo sin libertad, esclavitud y brutalidad".

2 de diciembre 2016



Hay que asesinar al Fidel que llevamos dentro

Gustavo Rodríguez

(A la memoria de Marcelo Salinas, Santiago Cobo, Claudio Martínez, Canek Sánchez Guevara y tantos ausentes.)



Fidel en la nevera. Obra de Eugenio Merino. Art Basel, 2012.

“Llamar Revolución al Estado fue sin duda un gran acierto político de la dictadura castrista, y aceptarlo a pies juntillas, el más grave error dialéctico (y no sólo) de la izquierda comunista internacional.”

Canek Sánchez Guevara.

“Es cierto que el proceso revolucionario cubano ya no es más –y no lo es desde hace un buen tiempo– el modelo revolucionario por excelencia en esta región del mundo ni en ninguna otra; pero continuar guardando silencio es significativamente sospechoso de que las lecciones no están suficientemente bien aprendidas y que habrá por delante otras voces en que las mismas o parecidas voces nos propondrán nuevas indulgencias respecto a las concepciones jacobinas, vanguardistas y, por último, velada o desembozadamente autoritarias.”

Daniel Barret (Rafael Spósito).

Mi primera reacción ante la noticia de su muerte fue el silencio. Inmediatamente después decidí que no escribiría una sola palabra al respecto. Un suceso tan trivial no merece ni una letra. Además, toda una legión de “cubanólogos” (entre detractores e idólatras) seguramente se aprestan a encargarse de esa tarea en este preciso instante. Prefería dejarle el trabajo sucio a ellos y continuar con el curso de mi cotidianidad. Ninguna muerte es razón para interrumpir la vida, y la de Fidel no es la excepción. Pero mi compañera me convenció de redactar una pequeña nota que, con el avance del nuevo día, se ha convertido en estas líneas intempestivas que engarzo y articulo sin otra pretensión que no sea dejar constancia y ratificar un posicionamiento que no se alinea con la histeria colectiva del oficialismo ni con la de Miami.

Tras la declaración pública del presidente-general anunciando su deceso, comenzaron a fluir en las denominadas “redes sociales” los mensajes antagónicos. Adoradores y enemigos del difunto ex mandatario prorrumpen apasionados sus emociones. Júbilo y tristeza son los sentimientos que se asignan los más efusivos protagonistas al derredor de este acontecimiento. Duelo o celebración la disyuntiva. Como alguien comentara sabiamente: “tal parece que han muerto dos hombres con idéntico nombre, el mismo día y a la hora exacta”.

La hiperreacción también era predecible. En la Isla, hoy se emprende un desfile interminable de dolientes, comienzan las largas colas de despedida y los eternos discursos alabadores, principia el reacomodo oportunista y continúan los chistes y las críticas en voz baja. Y no podía ser de otra manera. En la Isla esa ha sido la realidad por más de medio siglo: desfiles interminables, largas colas, discursos alabadores, reacomodos oportunistas y el cobarde susurro crítico. En Miami, una conga multitudinaria tomó la Calle 8 por asalto celebrando la muerte

del tirano. Tampoco se esperaba otra respuesta. Miami es una gran conga, una comparsa perpetua, una fatalidad de exilio consumado y consumista.

Todos proceden como si el cuerpo inanimado del mítico comandante aún estuviera calentito. Pero Fidel no murió anoche. Hace una década que es cadáver. No es fortuito que las cubanas y cubanos de a pie le bautizaran con el mote del “insepulto”. Su muerte se consumó en el momento en que se vio obligado a demitir como César insular y pasar el cetro y los poderes absolutos a su hermano menor, no sin antes “dejarlo todo atado y bien atado” de acuerdo a los usos y costumbres de esta infame casta. Desde entonces quedó postrado tras bambalinas, limitando su actuación a las esporádicas apariciones públicas donde cada vez hacía más evidente su fulminante decrepitud y su senil incontinencia. Sin embargo, con su nombre se continuaron firmando “reflexiones” – como si se tratase de Corín Tellado– ante la indiferencia casi unánime de la mayoría de los cubanos y la incredibilidad de quienes constataban que “no checaba el número con el billete”.

Aquél Coloso infalible, omnipresente y omnipotente, el señor de la Isla, el patrón del cementerio, el dueño de los caballitos, el gran cirquero, el mago audaz y efectista que ordenó a un colombófilo el entrenamiento secreto de tres palomas blancas para que alguna se posara en su hombro durante su primer discurso frente a la mirada atónita de miles de cubanos que advertían las bendiciones y el buen augurio, nada más y nada menos, que del “Espíritu Santo”. El arrogante gigante verdeolivo, capaz de convertir al país en una monumental trinchera, de inseminal vacas, cambiarle el rumbo a los huracanes, y decretar la siembra de café en los jardines. Ese orador impenitente que podía pronunciar discursos interminables donde se daba el lujo de hablar y hablar y hablar durante horas – gracias a una sonda que invisibilizaba el desempeño natural de su vejiga– e inventar

cifras y estadísticas que al otro día obligaba a cambiar en todos los censos y registros oficiales. Ese todólogo empedernido que no dudo en sentar cátedra sobre arte, biotecnología, *baseball*, arquitectura contemporánea, heladería, botánica, boxeo, hermenéutica e ingeniería nuclear. El Padre insomne que nunca vaciló en adiestrarnos en la preparación del agua tibia, en las mil y una maneras de colar café, en el arte de amarrarnos los cordones y las cuatro estrategias infalibles al momento de botar el doble nueve... ¡Se fue!

Aún me parece impensable poder expresarme en tiempo pretérito. Pero sí, al fin se fue el gran sepulturero de la Revolución cubana. El triste enterrador de todos los sueños de libertad y autonomía largamente acariciados por muchas generaciones de infatigables revolucionarios. El gran traidor de la Revolución mundial. El discípulo de Sorel, el admirador de Primo de Rivera, el devoto lector de Mussolini, el incansable conspirador de la Legión del Caribe. El megalómano y egocéntrico Duce caribeño ha partido.

Ha muerto de muerte natural a los 90 años, rodeado de sus familiares e incondicionales, después de resistir incontables intentos de asesinato. Concluyó sus días invicto, igual que José Stalin, Francisco Franco y Augusto Pinochet. No cabe duda que los dictadores saben hacerse siempre de una muralla de acólitos y fieles perros guardianes que evitan a toda costa que las balas libertarias cumplan su cometido.

Pero finalmente el dictador ha fallecido. Ahora nos toca asesinar al Fidel que todos llevamos dentro. Lamentablemente aún pululan a lo largo de las dos orillas miles de fantoches dispuestos a encarnarlo. La serpiente ha muerto pero le sobrevive el huevo. Fidel ha desaparecido de la faz de la tierra, sin embargo, el fidelismo aún persiste. Ese albur impresentable, ese revoltijo pútrido de oportunismo rapaz, nacionalismo galopante, populismo paralizante, y fascismo guarapero,

aún perdura ensombreciendo el presente y amenazando el futuro.

Hoy resulta impostergable un “corte de caja” que nos permita hacer balance de poco más de un siglo de historia, desde la instauración de la res pública con su inmoral cortejo de generales y doctores, hasta esta ironía de la historia que nos devuelve al punto de partida de un siniestro periplo circular con el legado de un nuevo presidente-general, una casta castrense groseramente enriquecida y el empobrecimiento más desvergonzado de la gente de a pie, particularmente los afrocubanos. Hoy es momento de autocritica – por muy *ñángara* que pueda resultarnos la propuesta. Nos toca evaluar nuestro desempeño en esta historia, el papel que hemos jugado uno y cada uno en la puesta en escena de esta lamentable farsa. Aún queda pendiente esta tarea. Los dictadores no caen del cielo, la servidumbre voluntaria los crea y los lleva de la mano al trono.

Por eso –y otras cosas más–, anoche no pude alzar mi copa gozoso por la muerte del tirano como lo hicieron muchos amigos queridos. Jamás podré brindar por la muerte pero tampoco podré hacerlo nunca a la memoria del Coma-andante. Anoche me empiné hasta la última gota un majestuoso mezcal a la salud de nuestra memoria. Sí, brindé porque no perdamos nunca la memoria. ¡Porque no olvidemos nunca este medio siglo de atropellos y miedo! ¡Porque nunca más reaparezcan en la Isla Fideles, Machados ni Batistas! ¡Porque no tengamos que sufrir jamás en el mundo Castros ni Francos ni Videlas ni Pinochets! ¡Porque los cubanos aprendamos la lección y empecemos a pensar por nosotros mismos y dejemos de ser los tontos útiles repetidores de consignas de los mandarines de La Habana, los jefes de Washington o los cuervos del Vaticano!

Créame, anoche brindé con toda mi pasión por la vida, por esa posibilidad remota que se abre a una nueva vida con la tardía llegada de esta muerte anunciada. Una nueva

vida que nos tocará construir colectivamente a todos los cubanos y cubanas de a pié, sin tener que pedir permiso, sin arquitectos mesiánicos ni diseños pre-enlatados; sin "hombres fuertes" que nos impongan el camino; sin "padres" insomnes (amorosos o castradores) que velen nuestros sueños y nos traten como niños; sin patriarcas que nos exijan sempiternos sacrificios para sostener sus tronos de difuntos y oprobios; sin líderes ni pastores que nos guíen al barranco.

También brindé anoche con todos mis compañeros ausentes –¡con esa caterva de fantasmas entrañables!– y chocamos nuestras copas porque esa suerte de nacional-

socialismo bananero que aún nos oprime desaparezca para siempre de un plumazo y se convierta pronto en el vago recuerdo de una larga y angustiada pesadilla. Ojalá mis nietos – esa china hermosa y ese árabe de ojos grandes– y mi querido Darío y las y los que faltan por llegar a alegrarnos la existencia, algún día no sólo puedan ver con sus propios ojos todos estos deseos hechos realidad sino que además, contribuyan a forjar con sus tiernas manos ese mundo nuevo que llevamos en nuestros corazones. ¡Salud!

26 de noviembre de 2016.



¿Qué Cuba sin Fidel?

Octavio Alberola

Para encontrar la respuesta a esta pregunta es necesario reflexionar sobre la Cuba que Fidel deja tras más de medio siglo de ocupar con su hermano Raúl el vértice del Poder y ser paseado, desde La Habana hasta el cementerio de Santiago de Cuba, dentro de una caja de cristal con sus cenizas.

Más allá pues del mito de la “Revolución cubana”, que sólo sigue manteniéndose incólume entre sus incondicionales, está la realidad de la Cuba gobernada desde hace diez años por su hermano Raúl. Una Cuba en pleno proceso de racionalización y perfeccionamiento del capitalismo estatal y cuyo objetivo es sacar la economía cubana de su actual situación de crisis para apaciguar el malestar social y asegurar la continuidad del Estado-Partido.

Ese proceso de “reformas” presentado al pueblo cubano luego del traspaso de gobierno de Fidel a Raúl en 2006 por el grave deterioro de la salud del primero. Un proceso de reformas “estructurales y de conceptos” cuyas directrices han quedado fijadas en los “Lineamientos de la Política Económica y Social del Partido y la Revolución”. Una ambigua denominación para justificar el cambio de modelo económico de la Revolución con el pretexto de la “actualización del modelo” socialista. Ese modelo que, tanto en Cuba como en todos los demás países en donde fue impuesto desde los gobiernos de Estado-Partido, no alcanzó nunca a edificar el “estado de bienestar” prometido a los pueblos por los movimientos revolucionarios, y que ahora se proponen alcanzarlo sacrificando el “socialismo” y restaurando poco a poco el capitalismo de mercado.

Esta es la situación de Cuba hoy. Una Cuba en la que Raúl ha implementando “cambios” en muchas facetas de la sociedad cubana para



flexibilizar la vida cotidiana de los cubanos; pero sin que la flexibilización de reglas administrativas y las concesiones a las demandas populares se hayan traducido en un reconocimiento real de los derechos ciudadanos independientemente de los intereses de la clase gobernante. Una Cuba en la que el Estado-Partido que instauró y encarnó Fidel sigue modelando autoritariamente la vida de los cubanos por temor a un cambio que ponga en cuestión el liderazgo y los intereses y privilegios de la casta dirigente. De ahí la incertidumbre reinante hoy en Cuba. Incertidumbre en cuanto al futuro de la economía “reformada” e incertidumbre en cuanto a la continuidad del régimen de control totalitario de la sociedad instaurado por Fidel y que, por el momento, sigue vigente en la isla, aunque con consecuencias menos arbitrarias desde que la enfermedad le alejó del centro de mando y su hermano lo ocupó.

Esta es la gran incógnita a despejar para poder avizorar el futuro de Cuba; pues, pese a que Raúl ha aflojado las tensiones autoritarias impuestas por Fidel desde el triunfo de la Revolución, el aparato coercitivo y represivo que éste montó -para consolidar y eternizar la Revolución y su liderazgo personal- sigue ahí y nada permite pensar que será próximamente desmantelado.

Es verdad que una parte de la juventud actual ha vivido ya una cotidianidad menos traumática que la vivida por las generaciones que la han precedido. Generaciones que aún están traumatizadas por los excesos

represivos del autoritarismo personal de Fidel. Un autoritarismo megalómano que le hizo nombrarse Comandante en Jefe ya en la Sierra Maestra, y que, como el de todos los grandes ambiciosos de poder en la historia, lo justificaron con la excusa de la misión de encarnar el Destino, la Patria o la Revolución.

En efecto, una gran parte de la juventud actual no ha vivido bajo la presión de los excesos autoritarios de un Comandante en jefe insensible a toda humanidad y dispuesto, como cuando estuvo a punto de hacer fusilar a su propio hermano Raúl en la Sierra Maestra, a fusilar a quien cometía un error en la lucha o a cuantos se oponían a sus órdenes. Inclusive es posible que parte de las generaciones que soportaron esos excesos los haya olvidado y que del imaginario colectivo del pueblo cubano haya desaparecido el miedo, el terror que esos excesos imponían.

Sí, es posible que haya pasado al olvidado lo que fue el sistema de control de la sociedad cubana en los tiempos más álgidos de la locura represiva del Comandante en jefe. Que sean pocos los que recuerden a las víctimas del férreo e inhumano sistema de represión de aquellos tiempos. Cuando hizo condenar a largas penas de prisión a sus propios compañeros de lucha contra la dictadura de Batista. Como lo hizo con Mario Chanes de Armas, compañero de Fidel en el ataque al Cuartel Moncada en 1952 y en el desembarco del yate Granma en 1956, que es el preso que mas años ha pasado en la cárcel en Cuba: 30 años sin haber cometido delito alguno, simplemente por negarse a colaborar con el nuevo poder que comenzaba a actuar totalitariamente bajo directrices comunistas. Como lo hizo también con Huber Matos, del grupo de los comandantes históricos de la Revolución, condenando a 20 años de prisión, o con Eloy Gutiérrez Menoyo, otro comandante de la Revolución, condenado a 30 años de prisión. Cientos de presos políticos que no habían colaborado con la dictadura de Batista, que habían luchado contra y que se opusieron a la dictadura de Fidel Castro.

También es posible que no se recuerde el fusilamiento del general Arnaldo Ochoa y del coronel Tony de la Guardia en 1989, colaboradores cercanos de Fidel acusados de un “tráfico de drogas” organizado por el propio régimen. Y que ni siquiera se recuerde a los tres jóvenes afrocubanos (Lorenzo Capelo, Bárbaro Sevilla y Jorge Martínez) que intentaron huir de Cuba, tomando por asalto una lancha de pasajeros en el puerto de La Habana en 2004, que Fidel hizo fusilar sin haber matado ni herido a nadie. Fusilados “para evitar a los EE UU una catástrofe migratoria”, como lo justificó cínicamente el Comandante en jefe días después.

Sí, es posible que se haya olvidado este acto ignominioso de Fidel sin justificación alguna, salvo la de servir de ejemplo para aterrorizar al pueblo cubano: ¡el que se mueva, al paredón!

No obstante, es un hecho que la disidencia existe en Cuba y las detenciones por motivos políticos lo prueban. Pero también es un hecho que, pese a la precaria situación económica y al malestar de una parte importante de la población cubana, el miedo sigue paralizando la protesta.

No es pues evidente lo que será Cuba sin Fidel, saber si por fin a las “reformas” económicas seguirán “reformas” políticas para permitir a los cubanos expresarse libremente y decidir por sí mismos el futuro de ese pueblo.

En todo caso, en esta situación de impasse, es absolutamente necesario no caer en la desesperanza y el desánimo, y mucho menos en el conformismo con los valores reaccionarios que hoy predominan en Cuba. Al contrario, es el momento de seguir aspirando y luchando por las esperanzas del pasado que hunden sus raíces en la historia de los vencidos, de los oprimidos que han visto sus derechos conculcados y su voz anulada por los Estados capitalistas y los “socialistas” de Estado.

Diciembre 2016.

Canek Sánchez Guevara
el nieto anarquista del Che



"Cuba es un capitalismo de Estado"

Ⓐ ¡Viva la anarquía!

Direcciones para contacto e Información

Afines

Taller Libertario Alfredo López: en OC - Cuba

El Libertario: ellibertario@nodo50.org

GALSIC – Francia: cesamepop@orange.fr

Páginas web con información sobre Cuba

OC – Cuba: observatoriocriticocuba.org - observatoriocriticolh@gmail.com

El Libertario: www.nodo50.org/ellibertario/cubalibertaria.html

A-Infos: www.ainfos.ca y www.infoshop.org